

VLADIMIR ZAZUBRIN



EL CHEKISTA

MALDOROR



**Vladimir Zazubrin**

**EL CHEKISTA**

(Un relato sobre la revolución)

Traducción:

Jorge Segovia y Violetta Beck

**MALDOROR ediciones**

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada por los editores, viola derechos de copyright.  
Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Título de la edición en lengua rusa:

Щепка. Повесть о революции и о личности.  
Издательство: Журнал "Сибирские огни", N° 2, 1989

© Primera edición: 2013  
© Maldoror ediciones  
© Traducción: Jorge Segovia y Violetta Beck

ISBN 13: 978-84-96817-18-0

Maldoror ediciones  
[www.maldororediciones.eu](http://www.maldororediciones.eu)

*El Chekista*



## UN RELATO SOBRE LA REVOLUCIÓN Y EL INDIVIDUO

(Prólogo de 1923)

"Un libro terrible, un libro necesario", dijo Vladimir Lénin tras haber leído la novela *Los dos mundos* de Valdimir Zazubrin.

*El Chekista* es una obra no menos terrible de este joven escritor, y, fácilmente, imaginamos las palabras que podrá suscitar por parte de los filisteos de turno.

Pero qué importan los filisteos. "¿Qué le importa a Hécuba?" ¿Que importa la revolución a sus ojos? La cuestión es saber si este libro puede serle útil a un revolucionario en busca de un mundo nuevo.

Hasta ahora, la revolución, el terror, la Cheka inspiró o bien a representantes —en fuga al extranjero—, de generaciones en vías de extinción que sólo saben lloriquear, o bien a literatos solitarios, individualistas que, en la mayoría de los casos, hablan de la revolución como si hablaran de su abuela zurciendo unos calcetines.

Si hacemos abstracción del relato *El Chocolate* de Rodionov Tarasov, en el que la problemática es totalmente falsa, es casi la primera vez que un escritor comunista aborda este candente tema.

Y lo hace con una originalidad, un coraje y una rudeza excepcionales.

Muchos aspectos del arte de Zazubrin todavía son inmaduros, muchos pasajes de su obra son contestables desde el punto de vista literario y sobre todo fáctico: ese croquis concentrado acumula una cantidad de horrores inconcebibles en una forma literaria tan limitada y en una secuencia temporal tan breve.

No obstante, se trata ahí de un procedimiento totalmente legítimo tanto en literatura como en arte: pensemos en las grandes "caricaturas" de Goya o de nuestro satírico Gógol. La cuestión es saber si Zazubrin consiguió dar una forma artística a ese terrible material, insuflarle una idea viva, orgánica, y logró el objetivo que se había fijado.

En fin de cuentas ¿se justifica esa increíble audacia?

Zazubrin no cae en la blandenguería, no dibuja apariencias horrorizadas, trata su tema como un artista, con una fría severidad, sin concesiones. Desde las primeras líneas, Srubov, el héroe, está amenazado por el horror, desde la primera línea sentimos la grieta de este hombre que lleva su pesada carga revolucionaria.

Otros escritores nos muestran la cara terrible de la revolución con su acumulación de horrores involuntarios: en *Un fuerte vomitivo* de Nikitin, nos encontramos también con escenas totalmente



pavorosas, con violaciones y las perversiones más abyectas. En Nikitin, como en Pilniak en *El año desnudo*, héroes comunistas, y comisarios (igual que en *Los Camioneros* de Iakovlev) violan a las Olechka, Maniechka y Ninochka y caen con ellas, irremediablemente, en el elemento pequeño-burgués y abyecto, como pequeño-burgueses que quisieron ser héroes durante un corto instante.

En Nikitin, ese tema está descrito bajo las formas maculadas, a veces lacrimosas, de un arte decadente; Iakovlev es más claro y más simple; en Pilniak, finalmente, los horrores se justifican por el ritmo general de los elementos –la tempestad– que introduce en escena y que hacen sentir el viento revolucionario en tanto que la revolución ha roto las antiguas formas de vida.

Zazubrin intenta encontrar una nueva forma para representar la revolución. Su estilo, su ritmo es rudo, violento, despojado, es el ritmo–puñetazo de la revolución, esa "soberbia y cruel amante" que no solo destruyó nuestro antiguo orden, nuestras bellas almas individualistas del pasado, sino que nos fuerza a vivir, a sentir de otra manera, que afirma un nuevo paso, un nuevo ritmo de nuestros estados de alma. Dostoievski en *Pobres gentes* y Leonid Andreiev –ese epígono del simbolismo individualista–, en su relato *Los siete ahorcados* se pusieron como tarea despertar en nuestras almas una piedad inútil respecto del inútil Janson, aplicar la idea kantiana, perfectamente nula,

de la existencia de cada hombre en tanto que fin o valor en sí. Al contrario, Zazubrin, lejos de representar un revolucionario ideal, se pone a la tarea de mostrar lo universal, el océano futuro del comunismo, de la sociedad sin clases, en nombre de las cuales la implacable revolución pisotea los cadáveres de los enemigos en vías de extinción. Entre estos, los hay que son fuertes de cuerpo y a veces de espíritu, y que intentan –con palabras o bien sinceramente– conservar su aristocratismo en el momento en que ven de frente su muerte inevitable, pero la mayoría son "pasta", cabezas de alfileres, cabezas de golondrinas como las que la madre de Srubov cocía en su horno.

En la terrible escena de la ejecución, en la escena del interrogatorio, en la del proceso del investigador Ivanov, Zazubrin vence con su arte al elemento pequeño–burgués, al individualismo, cauteriza en nosotros el fárrago de las nociones místicas e idealistas que concierne a la utilidad de las ideas que son, de hecho, perfectamente inútiles y que ya no interesan a nadie.

Sin embargo el héroe de Zazubrin lleva en sí esas nociones por atavismo, sedimentadas en él, y, a pesar de la inmensa proeza que lleva a cabo hasta el fin de la revolución, conserva en su ser esta histórica astilla: "¿Hay alma o no? ¿Quizá fue su alma la que hizo ese ruido al salir?" –se preguntó. De ahí su tragedia y su pérdida inevitable. Afronta con coraje la marcha –una pequeño-burguesa– de

su mujer, la caída de sus colaboradores, pero también él sucumbe a la prueba de fuego de la revolución y perece. Muere en nombre de la revolución, como un Moisés al que no se le concede entrar en la "Tierra prometida" de la sociedad comunista. Al mostrar esta historia de un héroe que finalmente sucumbe a la prueba, el escritor asesta un golpe al individualismo, a los últimos sedimentos del misticismo y la moral burguesa.

A pesar de sus fallos, de sus derrapes psicológicos, este relato es una obra necesaria, una obra de arte que es capaz de sacudir fuertemente las almas débiles, criadas entre algodones.

Zazubrin nos introduce en el laboratorio más terrible de la revolución y parece decirnos: "Miradla. Escuchad su música, terrible y espléndida, ella desvela ante nosotros el difícil y estrecho pasaje que lleva al océano inmenso y espléndido. Mirad su espada cruel y bañada en sangre que de un solo tajo descorre el velo de la maldición y la herencia de los errores seculares de la humanidad, de las perversiones sociales que han transformado al hombre en carne, en pasta, en barro, o bien que le han dejado mortales astillas. Mirad la revolución, que nos llama a convertirnos en ingenieros de la transformación del mundo, fuertes como animales feroces, enteros y con una fuerza inaudita."

La revolución no significa que todo esté permitido, la revolución también es organización, cálculo, el "terror justo", y no las contorsiones

de los héroes de Dostoievski que vacilan al borde del abismo que se abre ante la pregunta: "¿Está todo permitido?"

La revolución es una gran auto-limitación de la persona y una disciplina colectiva, donde se comprende con claridad lo que está permitido y lo que no puede ser.

Estamos aquí ante un héroe como la historia de la humanidad jamás había visto. Ante la tragedia interior de este héroe, que no soporta su prueba heroica.

Sin embargo el sentido de esa prueba es claro, sus objetivos aparecen a plena luz, y sobre todo Zazubrin desvela concretamente eso que, en el hombre, aún le impide franquear definitivamente la frontera que separa el mundo antiguo del mundo nuevo.

Por supuesto, los pequeño-burgueses sentirán miedo ante este dibujo de trazos gruesos, igual que tuvieron miedo ante la revolución, más por razones subjetivas, pero no es para ellos por lo que ésta abrió sus vastos caminos que llevan a las radiantes lejanías, al océano de la sociedad sin clases.

El relato de Zazubrin ayudará a los verdaderos revolucionarios a cauterizar definitivamente en ellos mismos las "astillas" heredadas del pasado histórico, a fin de convertirse en audaces ingenieros de la transformación inevitable y resplandeciente de su ser.

Esto es lo que justifica el arriesgado intento de este joven y talentoso escritor.

Valerian Pravdujin

## 1.

Las patas de acero de los camiones martillearon el suelo del patio. El inmueble entero tembló desde sus cimientos.

En la segunda planta, en el despacho de Srubov, vibraron las tapas de cobre de los tinteros. Srubov palideció. Los miembros del Colegio y el investigador encendieron apresuradamente sus cigarrillos. Cada cual envuelto en una pequeña cortina de humo y la mirada clavada en el suelo.

En el sótano, el padre Vasili alzó el crucifijo pectoral por encima de su cabeza:

– Hermanos y hermanas, recemos en nuestra última hora.

Sotana verde oscuro, barriga grande y caída, cráneo calvo y redondo, como una hostia enmohecida. Se situó en un rincón. Formas negras se deslizaron de sus camastros con sigilo y, entre gemidos, se arrodillaron en el suelo

En otro rincón de la celda agonizaba el teniente Snezhnitski, el rostro completamente azuloso. El alférez Skachkov lo estrangulaba con sus tirantes en los que había hecho un nudo corredizo. Se daba prisa, por miedo a ser descubierto.

Su ancha espalda girada hacia la puerta, apretaba la cabeza de Snezhnitski entre sus rodillas y tiraba. En cuanto a él, se había preparado un trozo de cristal de una botella.

Entretanto, los camiones seguían petardeando en el patio. Y cada cual, en aquel inmueble de dos plantas, sabía que estaban allí para llevarse los cadáveres.

Como una serpiente gorda y vellosa, el brazo del cura, cargado con el crucifijo, salía de su manga. Palidecidos rostros se alzaban del suelo. Ojos muertos, casi apagados, se abrían desmesuradamente y lagrimeaban. Eran pocos los que podían ver la cruz. Algunos sólo veían una placa estrecha y plateada. Otros una estrella brillante. Y los demás un agujero negro. La lengua del cura se pegaba a su paladar, a sus labios. Unos labios azulencos, fríos.

– En nombre del Padre y del Hijo...

Sobre los griseos muros, gotas de un sudor gris. En los rincones, rastros de escarcha.

Los rezos dejaban en el suelo como un rumor de hojas muertas. Los hombres se debatían, cubiertos, igual que los muros, de un sudor frío. Pero ellos temblaban, en tanto que los muros seguían inmóviles, fuertes con sus piedras indestructibles.

El comandante llevaba una gorra roja, pantalón bombacho, guerrera azul oscuro, un corraje inglés marrón, un mauser de culata curva sin

cartuchera, botas relucientes. Tenía la cara afeitada y pepona como la de un busto de salón de peluquería. Entró en el despacho casi sin ruido y se cuadró.

Srubov apenas alzó la cabeza.

– ¿Está todo preparado?

El comandante dijo con una voz fuerte, casi gritando:

– ¡Preparado!

Y se cuadró de nuevo. Sólo sus ojos, de pupilas achicadas y maliciosas, como destellos de cristal, parecían nerviosos.

Srubov y los que se encontraban en su despacho tenían los mismos ojos: ojos de cristal, brillantes, ásperamente ansiosos.

– Dé salida al primer lote de cinco. Ya voy.

Apagó su pipa con desgana. Se despidió de los demás estrechándoles la mano y sin mirarlos.

Morgunov rechazó su mano.

– Le sigo, quiero ver eso.

Estaba en la Cheka por primera vez. Srubov no respondió, hizo una mueca. Se puso su negro chaquetón de piel, su chascás bermellón. Una vez en el pasillo, encendió su pipa. Alto y corpulento, con su abrigo de piel de cordero y su gorro caucásico, Morgunov le seguía, con la espalda encorvada. Las bombillas, en el techo, parecían forúnculos de luz. Srubov tiró de las orejeras del gorro y lo hundió en su cabeza hasta los ojos. Miraba bajo sus pies. Los pequeños cuadrados grises del



parquet. Los habían ensartado y ahora parecía que tiraban del hilo. Se desplazaban bajo los pies de Srubov que los contaba, sin saber por qué:

– Tres... siete... quince, veintiuno...

El suelo era gris, mientras que las paredes eran blancas: las placas de las diferentes secciones. No las miraba, pero las veía igualmente. También se desplazaban.

... Operaciones secretas... contrarrevolu... entrada prohi... Bandidaje... crim... Contó sesenta y siete cuadrados grises y después perdió la cuenta, se detuvo y miró hacia atrás. Vio con irritación el bigote rubio de Morgunov. Después comprendió, frunció las cejas, tuvo un gesto de fastidio y siguió andando haciendo resonar sus talones. Se repetía mentalmente: "... Menti-mientos... Sentimientos... senti..." Era algo que le encolerizaba, pero no podía sustraerse a ello.

– ... Senti-mientos... menti-senti...

Delante de él, en el rellano, un centinela. Y detrás de él, aquel espectador, aquel testigo, que mejor sería que no estuviese allí. Srubov sentía repugnancia ante aquellas miradas y ante tanta luz. Pero otra vez la escalera, y vuelta a empezar:

– ... Dos... cuatro... cinco...

Un rellano vacío y continuaron:

– ... Una... dos... ocho...

Primera planta. Nuevo centinela. Lo evitan.

Más escaleras.

Más.

El último centinela. Démonos prisa. La puerta. El patio. La nieve. Había más luz que en el corredor. Y ahora las bayonetas, toda una empalizada. Y todavía Morgunov, sin ningún tacto, que se pegaba contra su brazo izquierdo y se obstinaba en hablarle.

El padre Vasili aún tenía la cruz levantada en alto. Los condenados, arrodillados ante él, intentaban cantar a coro, pero en vano: cada uno rezaba para sí.

– Da-a-nos el desca-a-anso, Señor...

Sólo había cinco mujeres. Las voces de los hombres eran inaudibles: el miedo estrechaba sus cajas torácicas, sus glotis con círculos de acero que sólo dejaban pasar, intermitentemente, un breve hilo de voz.

– Da-a-nos el desca-a-anso...

El comandante también se puso su chaquetón de piel amarilla. Llevaba con él una hoja blanca: la lista.

La puerta se abrió: estrépito del cerrojo.

Los condenados ya no sentían la lengua, como si su boca estuviese llena de tierra ardiente. No todos pudieron alzarse. Se arrastraban para ocultarse en los rincones, sobre los camastros, bajo los camastros. Un tropel de despojos. Y gritos como maullidos de gatos. El cura, apoyado al muro, balbucía en voz baja:

– ... el re-re-re-re-po-so...

Y deterioraba ruidosamente la atmósfera.

El comandante agitó su lista. Su voz era dura, opresiva, como tierra húmeda. Nombró a cinco condenados, los aplastó, los amortajó. Ya no tenían fuerza para moverse. La atmósfera semejava a la de una fosa séptica en malas condiciones. El comandante se tapó la nariz con repugnancia.

Un capitán cosaco se acercó y preguntó:

– ¿A dónde nos llevan?

Todos sabían que era a la muerte. Pero no habían oído el veredicto. Querían saber exactamente, de manera definitiva. Lo desconocido, era peor.

El comandante era severo, serio. Sin ruborizarse, sin turbarse, le respondió al oficial mirándole fijamente a los ojos:

– A Omsk.

El capitán soltó una risa y se sentó.

– ¿Por vía subterránea?

El coronel Nikitin también encontraba aquello divertido. Encorvó su ancha espalda de oficial de la imperial guardia y rió para su colete:

– Jajá...

Sin darse cuenta que bajo él como bajo su vecino, el general Tréujov, corrían pequeños regueros desde el camastro, que después formaban ardientes mares en el suelo.

Llevaron a los cinco. La puerta cortaba firmemente la salida. Entonces, se abrió la trampilla que llevaba al patio. El ruido de los motores era ahora más evidente, como si arrojasen montones de tierra helada por la puerta metálica del

subsuelo, y a los condenados que quedaban les parecía que iban a enterrarlos vivos.

– Tu-tu-tu-tu-tu. Frr-tu-tu... Frr-tu-tu.

El capitán Bozhenko se irguió cerca del muro. Puso las manos sobre sus caderas. Alzó la cabeza. En el techo una bombilla arrojaba una débil luz. El capitán le guiñó un ojo.

– A mí, amigo mío, no me encontrarán.

Y se deslizó a gatas bajo el camastro.

En un rincón, el teniente Snezhnitski le sacaba la lengua a los demás: una lengua muerta y azulosa. Skachkov había conseguido ocultarlo a los ojos del comandante. Pero aún no se había cortado la garganta. Le daba vueltas una y otra vez al trozo de cristal que tenía en sus manos sin atreverse a tomar una decisión.

El pequeño forúnculo de luz, bajo el techo, estalló de pronto. Como brea, su pus inundó los ojos de cada uno. Ahora reinaba la oscuridad. En las tinieblas, el miedo reemplazaba a la desesperación. Imposible quedar esperando. Únicamente estaban los muros, el suelo de ladrillos. Se arrastraban, gemían, arañando y mordiendo las piedras grises.

Srubov y los otros cinco tuvieron la impresión de que el patio nevado era un sala metálica al rojo vivo, que giraba lentamente en torno a sí misma al fondo de aquel pozo de dos plantas; ahí se sintieron atrapados y arrojados por la trampilla de otro sótano al otro extremo del patio. Dos de ellos

se sofocaron en la estrecha escalera de caracol; presa de vértigos, cayeron, arrastrando a los otros tres en su caída. Llegaron al suelo de tierra batida, abajo, ya amontonados.

El segundo sótano, desprovisto de camastros, tenía la forma de la letra L, cuya pequeña barra, lejos de la entrada, estaba sombría, y la barra larga vertical inundada de luz. Había bombillas, más potentes que en el primero, cada cinco pasos. Las irregularidades del suelo se veían claramente: imposible ocultarse. Los muros, como rocas de ladrillo, los encerraban por todas partes, soldados en ángulos agudos y muy rotundos. Sobre sus cabezas, la masa del techo de piedra, como una panza vacía. Imposible huir. Además la escolta los cercaba. Fusiles, sables, pistolas, estrellas rojas por todas partes: había más metal y armas que hombres.

El "muro" se encontraba en el centro de la parte iluminada y el pasadizo sombrío: cinco puertas arrancadas de sus goznes, apoyadas contra la pared de ladrillos. Al lado, cinco chekistas, con grandes revólveres en la mano. Armados: los perros de las pistolas como negros puntos de interrogación.

El comandante detuvo a los condenados y ordenó:  
– Desnudaos.

La orden había caído como un golpe. Las rodillas de los cinco temblaron y se doblaron. En cuanto a Srubov, sintió que aquella orden se dirigía también

a él. Desabrochó maquinalmente su chaquetón. Pero al mismo tiempo su razón le repetía que eran tonterías, que él era el presidente provincial de la Cheka y que debía dirigir la ejecución.

Recobró el ánimo con gran esfuerzo de voluntad, miró al comandante y a los demás chekistas: nadie se había fijado en él.

Los condenados se desnudaban, con manos temblorosas. Sus dedos helados no obedecían, se negaban a doblarse. No podían abrir los botones ni las hebillas, los cordones se enredaban. El comandante mordisqueaba su cigarrillo y los apremiaba: – Más rápido, más rápido.

A uno de ellos se le había enfoscado la camisa en la cabeza, pero no se daba prisa por quitársela. Nadie quería ser el primero en desnudarse. Volvían su mirada hacia el vecino, prolongaban el momento. El subteniente cosaco Kashin ni siquiera había comenzado. Permanecía sentado, apretujado contra sí mismo, agarrando sus rodillas con las dos manos, y mirando fijamente con aire alhelado, la punta de su bota chamuscada y agujereada. Efim Solomin se acercó a él, ocultando el revólver tras su espalda. Le acarició la cabeza con su mano izquierda. Kashin tembló, abrió la boca con aire asombrado y enarcando las cejas miró al chekista.

– Qué pasa, amigo, ¿estamos en la luna? ¿Hay miedo?

Hablaba suavemente, con voz cantarina, mientras continuaba acariciándole los cabellos.

– No te apures, no te apures, amigo. Todavía tienes tiempo, la muerte aún tardará un poco. No hay de qué tener miedo por ahora. Espera, te ayudaré a quitarte el chaquetón.

Y con una mano amable, firme y segura, desabotonaba la guerrera del oficial.

– No te apures, amigo. Ahora sacaremos las mangas.

A Kashin le entró la flojera. Separó los brazos dócilmente, sin apenas voluntad. Las lágrimas resbalaban por su cara, pero no se daba cuenta. Desde ahora le pertenecía a Solomin.

– Ahora el pantalón. No pasa nada, no pasa nada, amigo.

Solomin tenía ojos azules y una mirada honesta. Una cara franca, de pómulos prominentes. Pelo de estopa en el mentón y una pequeña cicatriz sobre el labio superior. Desnudaba a Kashin como un enfermero atento se ocuparía de un enfermo.

Srubov sentía clara, dolorosamente, la situación desesperada de los condenados. Le parecía que el sùmmum de la violencia que les infligían no consistía en fusilarlos, si no en obligarlos a desnudarse de aquella manera. Encontrarse así sobre el suelo desnudo, sin ropa. Estar desnudos entre gente vestida. Era una humillación extrema. El peso de la espera de la muerte era agravado por la banalidad del cuadro. Un suelo mugriento,

polvorientos muros, el sótano. ¿Tal vez alguno de ellos había soñado con presidir la Asamblea constituyente? ¿O bien con ser Primer ministro de una monarquía restaurada? ¿O incluso emperador? Srubov también había soñado con ser comisario del pueblo, no sólo de la República socialista de Rusia sino de la República socialista mundial. Le pareció que en un instante sería fusilado con los otros. El frío le mordía la espalda como puntiagudas agujas. Sus manos manoseaban su bandolera, su áspera barba. Un hombre desnudo y huesoso esperaba: sus gafas destellaban a la luz de las bombillas. Había sido el primero en desnudarse. El comandante apuntó el índice hacia su nariz: – Lléváoslo.

El hombre desnudo se inclinó ligeramente hacia el comandante y sonrió. Srubov percibió su delicado rostro de intelectual, su mirada inteligente y su rubia perilla.

–¿Pero cómo voy a hacer? Ni siquiera veré el muro.

Su pregunta, su sonrisa tenían algo de ingenuo, de infantil. Srubov se dijo de pronto que allí nadie tenía la intención de fusilar a ninguno de ellos. Los chekistas se echaron a reír. El comandante dejó caer su cigarrillo.

– Eres un tipo valiente, ya lo creo. No te apures, te conducirán. Quítate las gafas.

Otro, corpulento, con el pecho cubierto por una negra pelambre, dijo con voz grave y pesada:



– Quiero hacer una última declaración.

El comandante se volvió hacia Srubov que se acercó más, sacó una agenda del bolsillo y se puso a tomar notas sin reflexionar en el sentido del testimonio, sin examinarlo desde el punto de vista crítico, contento como estaba de retrasar el momento fatal. Y el gordo mentía, se enredaba en sus explicaciones, daba largas.

– Cerca del bosque, entre el río y la marisma, en los breñales...

Decía que el destacamento del Ejército blanco del que formó parte había enterrado en algún lugar una gran cantidad de oro. Ningún chekista le creía. Todos sabían que intentaba ganar tiempo. Finalmente, el condenado propuso aplazar la ejecución hasta más tarde: si lo tomaban por guía, él podría indicar el lugar exacto.

Srubov metió el cuaderno en un bolsillo.

Riéndose, el comandante le dio una palmada en el hombro.

– Déjate de enredos, buen hombre. ¡Firmes!

Ahora todos estaban desnudos. Se frotaban las manos para calentarse, saltaban ora sobre un pie ora sobre el otro. Las mudas y ropas formaban un informe montón. El comandante los invitó con un gesto:

– ¡Firmes!

El gordo de negra pelambre comenzó a sollozar, ahogándose con sus lágrimas. Un bandido de derecho común se acercó a una de las puertas:

su rostro era inexpresivo, indiferente. Se apostó con mucho aplomo, con sus piernas torcidas y velludas muy separadas; sus pies eran planos, muy grandes. Un capitán de caballería de delgadas piernas, que había formado parte de un destacamento de castigo del Ejército blanco, exclamó:

– ¡Viva el poder de los soviets!

Vanka Mudynia, nariz chata, cara grande, bien afeitado, se fue hacia él, blandiendo su revólver. Agitó ante la nariz del capitán su puño nudoso y tatuado de marino. Después, escupiendo perezosamente entre los dientes, con sarcasmo:

– No grites, no te haremos un ojal.

Un comunista que había sido condenado por prevaricación bajó su redonda cabeza, con el pelo cortado a cepillo, y dijo con voz apagada:

– Perdón, camaradas.

Mientras que el hombre jocoso de rubia perilla, pero ahora sin gafas, aún encontró el medio de hacerles reír a todos.

Se cuadró y puso una cara de estúpido pasmo.

– Vaya, curiosa la puerta del Paraíso, está desgoznada. Ahora sabré.

Y Srubov se dijo una vez más que aquella gente no sería fusilada.

Pero el comandante, siempre riendo, ordenó:

– Daos la vuelta.

Los condenados no parecieron comprender.

– No con la espalda al muro, al contrario.

Srubov sabía que tan pronto como los condenados

estuviesen de espaldas, los cinco chekistas alzarían al mismo tiempo sus revólveres y cerrarían una bala en la nuca de cada uno, a quemarropa.

Finalmente, los hombres desnudos comprendieron lo que los vestidos esperaban de ellos. Srubov tuvo tiempo de cargar y encender su pipa que se había apagado. Un poco más y aquello habría acabado. La escolta, el comandante, los chekistas armados de revólveres, Srubov, todos tenían el mismo semblante, tenso y lívido. Únicamente Solomin permanecía tranquilo. Como si se hubiese tratado de un trabajo banal y cotidiano, su cara no expresaba mayor inquietud. Srubov miraba de soslayo su pipa, su candencia. No obstante pudo ver a Morgunov, muy pálido, que se daba la vuelta y respiraba como si le faltase el aire. Pero una extraña fuerza empujaba a Srubov del lado de los cinco hombres desnudos, volvía su cara y miraba hacia ellos. La candencia parpadeó. Un estruendo violento le golpeó los tímpanos. Los cuerpos –toda aquella carne blanca y cruda– cayeron al suelo. Los chekistas, con sus revólveres humeantes aún en la mano, saltaron hacia atrás y al punto volvieron a cargar las armas. Las piernas de los fusilados se agitaban convulsivamente. El gordo lanzó un último suspiro con un silbido sonoro. Srubov se preguntó: "¿Hay alma o no? ¿Quizá ha sido su alma la que hizo ese ruido al salir?"

Dos hombres en capotes grises ataban con nudos corredizos los pies de los cadáveres y los arrojaban en las sombrías entrañas del sótano. Otros dos excavaban la tierra con palas y cubrían los humeantes regueros de sangre. Solomin había deslizado su revólver en el cinto y ordenaba los efectos de los fusilados. Los amontonaba cuidadosamente: los calzoncillos con los calzoncillos, las camisas con las camisas, y los chaquetones aparte.

El pope formaba parte del lote siguiente. Era incapaz ya de dominarse, arrastraba con dificultad aquel enorme cuerpo sobre sus cortas piernas y decía con voz trémula y aguda:

– Dios santo, Dios todopoderoso...

Los ojos le salían de las órbitas. Srubov recordó cómo su madre cocía bizcochos en forma de golondrina y les metía pasas a modo de ojos. La cabeza del pope recordaba a uno de aquellos bizcochos recién sacado del horno, con sus ojos hinchados por el calor. El padre Vasili cayó de rodillas:

– Hijos míos, no me matéis...

Pero, para Srubov, aquel ya no era un hombre: era pasta, una golondrina de pasta. Ninguna piedad con un pobre desgraciado como aquel. Su corazón estaba henchido de odio. Le soltó con claridad entre sus dientes:

– Deja de lloriquear, caramillo de Dios. Moscú no cree en las lágrimas.

Su brutal firmeza contagió a los demás chekistas. Mudynia liaba un cigarrillo.

– Hay que zurrarle la badana, eso le hará callar.

Semion Judonogov, alto y desgarbado, y Aleksei Bozhe, rechoncho, de piernas torcidas, agarraron al pope, lo tiraron al suelo e intentaron desnudarlo, y él volvió a su letanía con una voz que temblaba como el cristal de una ventana con el armazón reseco:

– Dios santo, Dios todopoderoso...

Efím Solomin los detuvo:

– Dejad al pope tranquilo. Se desnudará solo.

El pope se calló y fijó sus turbios ojos en Solomin.

Judonogov y Bozhe se apartaron de ellos.

– Hijos míos, no me desnudéis. Los eclesiásticos deben ser enterrados con sus hábitos sacerdotales. Solomin hablaba afectuosamente.

– Con tu blusa, aún te sentirás peor, buen hombre. Pues la blusa tira hacia abajo.

El pope yacía en el suelo. Solomin estaba acucillado cerca de él, con los faldones de su largo capote gris recogidos sobre las rodillas, y le desabrochaba su túnica de seda negra.

– Sabes, no pasa nada por desnudarte, amigo. Lo que todavía necesitas es un buen baño. Cuando estamos limpios, bien aseados, también es más fácil morir. Espera, espera, te voy a quitar todas esas cáscaras. Serás como un pajarillo, ya verás, esto te abrirá las alas.

El pope llevaba ropa interior fina, de lino. Solomin desató con cuidado los lazos de los tobillos.

– Hay asesinos que matan a la gente con sus ropas. Nosotros no matamos, ejecutamos. Y la ejecución, amigo mío, es algo grande y sagrado.

Un oficial pidió de fumar. El comandante le dio un cigarrillo. El oficial lo encendió y entornó los ojos debido al humo.

– No es fusilándonos como haréis marchar los transportes o como vais a resolver el problema alimentario.

Srubov lo oyó y se puso aún más furioso.

Otros dos se desnudaban como si se encontrasen en el vestuario de una casa de baños, reían, hablaban de esto o aquello, y parecían no darse cuenta de nada, no ver nada, negarse a ver. Srubov los observó con más atención y comprendió que era una comedia: ambos tenían los ojos muertos, agrandados por el horror. La quinta, una mujer, una campesina, se desnudó, se santiguó con parsimonia, se situó y esperó a ser abatida.

Sin embargo el condenado que fumaba se negó a volverse de espaldas a los ejecutores:

– Quiero recibir la bala en la frente.

Srubov le cortó:

– No puedo cambiar de sistema: disparamos solo en la nuca. Le ordeno que se vuelva.

El oficial desnudo acabó por ceder. Se puso de espaldas y vio infinidad de pequeños agujeros en

la puerta. De pronto tuvo deseos de convertirse en un mosquito, para deslizarse por uno de aquellos agujeros, ocultarse, y después encontrar un intersticio cualquiera en el sótano y volar, libre. (En el ejército de Kolchak, había soñado en acabar comandante de un cuerpo del ejército, o, dicho de otra manera: como general.) Y súbitamente, el agujero que había escogido se convirtió en una fosa enorme: el oficial saltó ligeramente y murió. La pupila de su ojo derecho abierto estaba tan dilatada e irregular como el nuevo agujero en la puerta: el impacto de la bala que le había perforado la cabeza.

La barriga del pope Vasili tenía un parecido con la pasta, caída de una artesa volcada. (El pope Vasili nunca soñó con ser obispo. Pero había contado con ser archidiácono.) Estos también fueron arrastrados por los pies a la parte oscura del sótano, con ayuda de cuerdas. Todos, a su manera, habían soñado con vivir y ser alguien. ¿Pero merece la pena hablar de esto cuando sólo quedaban de ellos unas cien o ciento cincuenta libras de carne fresca?

Llevaron el siguiente lote una vez que cubrieron la sangre con tierra y arrastraron los cadáveres. Los chekistas liaban cigarrillos.

– Efim, pedazo de sapo: ¿todavía usas guantes con ellos? –preguntó Bozhe.

Solomin se rascó la nariz:

– ¿De que sirve bramarles y ponerse nervioso con ellos? Son enemigos en tanto no caen prisioneros. Ahora, son animales sin entendimiento. En el campo, cuando había que matar un animal, yo lo trataba con suavidad. Te acercas, lo acaricias: quédate ahí –le decía–, quédate ahí. Y se queda tranquilo. Eso es lo que hay que hacer, es más fácil de esa manera.

Eran cinco los que fusilaban: Efim Solomin, Vanka Mudynia, Semion Judonogov, Aleksei Bozhe y Naum Nepomniashchij. Ninguno de ellos se dio cuenta de que en la última tanda de condenados había una mujer. Sólo vieron cinco montones de carne ensangrentada.

Tres de ellos disparaban como autómatas. Tenían los ojos vacíos, muertos, brillantes, ojos de cristal. Lo hacían todo casi maquinalmente. Esperaban a que los condenados se desnudasen y se posicionaran, alzaban mecánicamente sus revólveres, disparaban, saltaban hacia atrás, volvían a cargar sus armas, esperaban a que se llevasen los cadáveres y que trajeran una nueva serie. Y sólo cuando los condenados gritaban o se resistían, sentían cómo su sangre bullía con un ardiente odio. Entonces blasfemaban, amenazaban a sus víctimas con sus puños o con las culatas de sus revólveres. Después, cuando alzaban las armas hacia las nuca de los hombres desnudos, sentían temblores en las manos y el pecho: era el miedo a errar, a herirlos tan solo.



Había que matarlos de un tiro. Si el herido aullaba de dolor, hipaba o escupía sangre, los ejecutores se sofocaban en aquel sótano y sentían la necesidad de salir y emborracharse hasta caer muertos. Pero carecían de fuerza para hacerlo. Alguien inmenso, autoritario, les forzaba a alzar rápidamente la mano y acabar con el herido.

Así disparaban Vanka Mudynia, Semion Judonogov y Naum Nepomniashchij.

Solo Efim Solomin se sentía libre y ligero. Sabía con certeza que era indispensable tanto para fusilar a los guardias blancos como para abatir el ganado. De la misma manera que no podía estar resentido con una vaca que le tendía dócilmente el cuello antes de degollarla, no sentía odio alguno hacia los condenados que volvían hacia él sus nuca descubiertas. Pero tampoco sentía ninguna piedad. Sabía que eran enemigos de la revolución. Y él servía a la revolución conscientemente, con buena voluntad, como hubiese servido a un buen patrón. Él no disparaba, trabajaba.

(A fin y al cabo poco le importaba, a Ella, saber quién fusilaba y cómo fusilaba. Ella solo tenía necesidad de que destruyesen a sus enemigos.)

Tras la cuarta serie, Srubov dejó de distinguir las caras y las siluetas de los condenados, de oír sus gritos y sus gemidos. El humo de los cigarrillos y la pólvora, el vapor desprendido por la sangre y las respiraciones, se confundían en una neblina que lo sumían en el anonadamiento. Vislumbraba

aquí y allá cuerpos blancos que se retorcían entre las convulsiones de la agonía. Los vivos se arrastraban sobre las rodillas, suplicaban. Srubov callaba, observaba y fumaba. Arrastraban a los fusilados por los pies, cubrían la sangre, los desnudos vivos reemplazaban a los desnudos muertos, cinco por cinco.

Al final del sombrío antro, un chekista atrapaba los nudos corredizos que descendían por la trampilla, los ensartaba en el cuello de los fusilados, y gritaba hacia arriba:

– ¡Vamos!

Los cadáveres, con los brazos y piernas oscilando en todos los sentidos, eran subidos hacia el techo, desaparecían. Y las llegadas continuaban, traían nuevos vivos a los que el miedo hacía defecar, transpirar, llorar, en tanto que las patas de acero de los camiones no dejaban de martillar el patio, y que el subsuelo suspiraba apagadamente...

Y arrastraban y arrastraban los cadáveres.

El comandante se acercó a él.

– Una verdadera máquina, camarada Srubov. Una fábrica mecánica.

Srubov dio su aquiescencia con la cabeza y recordó el patio, semejante a un chorro de fuego. Ella gira sobre sí misma, arroja hombres de un sótano al otro. Las máquinas de escribir resonaban en el edificio iluminado. Centenares de hombres trabajaban día y noche. Y en el sótano: trrr–ak–trrr–ak. Las perforadoras automáticas horadan los

cráneos con sonoros chasquidos, con rechinnamientos. Una limadura roja, incandescente, vuela en todos los sentidos, como el aceite de engrase: coágulos de cerebro sanguinolento. (Porque no se perfora, no se horada solo la tierra para abrir un pozo artesano donde encontrar petróleo. En ocasiones hay que atravesar espesas capas de roca, venas de metal para llegar a la tierra pura, se está obligado a introducir taladros de acero en las capas óseas de los cráneos, franquear los atolladeros, la papilla de los cerebros, desviar los géiseres de sangre a los conductos y las cubas.) El sótano respira la humeante sangre, la acre transpiración humana, los excrementos. Y aún la neblina, la neblina, el humo. Las bombillas abren con mucho esfuerzo sus ojos ardientes que se velan. Los muros se cubren de un sudor frío. El suelo de tierra apisonada se debate entre la fiebre. Una amarillenta y roja gelatina, pegajosa, hedionda, se extiende bajo los pies. El aire está sobrecargado por el plomo. Irrespirable. Una fábrica.

– ¡Trr-ak-trr-trr-ak!

Tiran de las cuerdas.

– ¡A-ah-i-i. V-i-i-i!

– Un testimonio precioso. Detened la ejecución.

Trr-ak-ak-rr.

Arrastran los cuerpos.

– Vamos, vamos, desnúdate. Ponte firmes. Vuélvete.

– A–a–a–ah. O–o–oh.

Trr–a–akak.

Arrastran los cuerpos.

– Viva Su Majestad el emperador. Dispara, rojo cabrón. Señor, ten piedad de mí. Abajo los comunistas. ¡Quiero la Gracia! Yo también maté sucias cabezas de rojos.

Trrr–trrr.

Arrastran los cuerpos.

– Soy inocente. U–u–uh.

– Olvídalo.

Rrr.

Arrastran los cuerpos.

– Se lo supli–i–co.

Rrr–u–ukkk.

Arrastran los cuerpos.

Pálidos como la muerte, Vanka Mudynia, Semion Judonogov y Naum Nepomniashchij, desabrochan con aire cansado sus chaquetones con las mangas impregnadas de sangre. Aleksei Bozhe, con la esclerótica inflamada por la excitación sanguinaria, el cuerpo salpicado de sangre, los dientes amarillecidos bajo un morro enrojecido y anguloso, y el bigote como lo negro del humo. Efim Solomin, práctico, serio, imperturbable, rascándose su chata nariz, sacudiendo los coágulos de sangre que se adhieren a su barba y su bigote, ajustando la visera casi arrancada de su gorro verde con la estrella roja.

(Pero, ¿qué puede interesarle todo esto a Ella? Lo que necesita, es que unos maten, ordenar morir a los otros, y eso es todo. Los chekistas, Srubov, los condenados, son todos insignificantes peones, pequeñas vidas en la carrera incontrolada de ese mecanismo industrial. Una fábrica cuyo carbón y vapor son su fuerza furiosa, y donde Ella es la patrona cruel y espléndida.) Y Srubov, arropado en la piel negra de su chaquetón, en la azafranada piel de su gorro, entre el humo gris de su pipa que no deja que se apague, siente de pronto Su aliento. Al contacto con aquella energía, con aquella tensión nueva, activa sus músculos, tensa sus tendones, hace pulsar su sangre más rápido. Por Ella, en nombre de Sus intereses, Srubov está dispuesto a todo. La muerte en Su nombre se convierte en un goce. Si fuese necesario, él mismo descerrajaría, sin dudar, las balas en las nuca de los condenados. Si a un chekista le entrase flojera, o intentara recular, lo abatiría inmediatamente, allí mismo. Srubov se sentía colmado por una feliz determinación.

Por Ella, en Su nombre.

Pero también había fracasados. Un oficial de la guardia, joven y bello, se negaba a desnudarse. Ironizaba, torciendo sus finos labios aristocráticos:

– Tengo por costumbre hacerme desnudar por lacayos. Nunca lo hago yo mismo.

Naum Nepomniashchij lo empujó por el pecho con el cañón de su revólver.

– Desnúdate, cabrón.

– Quiero un lacayo.

Nepomniashchij y Judonogov agarraron al obcecado por los pies y lo tiraron al suelo. A su lado, casi desvanecido, el general Tréujov respiraba entre estertores, se ahogaba, suplicaba. Su garganta siseaba como cuando el agua se hunde en la arena incandescente. También a él hubo que desnudarlo. Solomin escupía de asco, torcía la cara mientras le quitaba su pantalón con franjas rojas,

– ¡Puah! Apesta. Tiene lleno el calzoncillo.

El oficial de la guardia, ahora ya desnudo, permanecía inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho, y se negaba a moverse. Dijo con orgullo:

– No giraré como una veleta delante de ninguna chusma. Disparad al pecho de un oficial ruso.

Y le escupió a los ojos a Judonogov.

Este, loco furioso, metió el largo cañón de su mauser entre los labios del oficial y, rompiendo la laminilla blanca de los dientes apretados, disparó. El oficial cayó de espaldas, agitando la cabeza y las piernas con un gesto impotente. Los fuertes músculos agitaron convulsivamente su atlético cuerpo. Durante un instante, Srubov sintió piedad por aquel hombre bello, como un día se compadeció de un fuerte semental que se debatía en el

suelo, con una pata rota. Judonogov se secaba la cara con una manga. Srubov le dijo severamente:

– No hay que ponerse nervioso.

Y con un tono autoritario y molesto:

– Los cinco siguientes. De prisa. Y déjese de farfullar.

La nueva tanda comprendía dos mujeres y el teniente Skachkov que no se decidió a cortarse la garganta. Ya desnudo, aún mantenía en sus manos el pequeño trozo de cristal.

Una mujer, de senos robustos y espalda abatida, peinada con esmero, temblaba y no quería ponerse contra el "muro". Solomin la cogió por los brazos:

– No tengas miedo, querida. No tengas miedo, preciosa. No te harán nada malo. Ves, también hay otra mujer.

La mujer desnuda cedió al hombre vestido. Avanzó sobre la mucosidad pegajosa y tibia que cubría el suelo, con temblores en sus bien cuidadas piernas, de finos tobillos. Solomin la llevaba cautelosamente, con semblante atento.

La otra era una rubia alta. Cubría su desnudez con sus largos cabellos que le llegaban hasta las rodillas. Ojos azules. Las cejas densas, oscuras. Hablaba con una voz infantil, tartamudeando ligeramente:

– Si s-upiéseis, camaradas... tengo tantas ganas, ganas de vivir...

Inundándolos de azul. Los chekistas no alzaron sus revólveres. Tenían los ojos como carbones

ardientes. Un punzante y delicioso abatimiento se apoderó de su corazón y llegó hasta las piernas. El comandante calló. Los cinco estaban inmóviles con sus revólveres ennegrecidos por la pólvora. Todos tenían los ojos clavados en ella. Silencio. Del techo caían gotas de transpiración y se rompían contra el suelo con un blando sonido.

El olor de la sangre, de la carne fresca, despertó en Srubov sentimientos bestiales, terrestres. Sintió ganas de agarrar, de abrazar a aquella mujer de ojos azules, de clavarle sus uñas y dientes en el cuerpo. Ahogarse en una embriaguez lúbrica y roja... Pero Aquella a la que ama, a La que se prometió, está presente. (Aunque, bien entendido, cualquier oposición, cualquier comparación entre Ella y la mujer de los ojos azules sea impensable, absurda.) Y por eso, resueltamente, dos pasos hacia adelante. Extraer de su cinto la browning negra. Y una bala niquelada en plena frente, justo entre los arcos oscuros de las cejas. La mujer se desploma con todo su cuerpo y cae al suelo. Sobre su frente blanca, por sus rubios cabellos, sangrantes corales resbalan como serpentinatas. Srubov enfunda la pistola. Skachkov recibió la bala en la sien. Al lado, la mujer de robustos senos se había desvanecido. Solomin se inclinó sobre ella y, con una bala de gran calibre, hizo saltar la bóveda de su cráneo con su cuidadoso peinado.

Srubov volvió a enfundar su browning y reculó unos pasos. Al fondo de la parte oscura del sótano,



los cadáveres se amontonan unos sobre otros, hasta el techo. La sangre que resbala alcanza la parte iluminada. Cansado, Srubov imagina un río rojo. A través de la neblina deletérea, todo lo ve rojo. Todo excepto los cadáveres, que son blancos. Las bombillas del techo son rojas. Los chekistas están vestidos de rojo. No son revólveres lo que ahora tienen en la mano, sino hachas. No son cuerpos que caen, sino abedules de tronco blanco, de carne elástica. En ellos la vida resiste obstinadamente. Bajo los golpes de hacha, se doblan, crujen, se niegan a caer durante algún tiempo y cuando se derrumban, rechinan, gimen, después tiemblan en el suelo con sus agonizantes ramas. Los chekistas arrojan leños blancos en el río rojo. Los atan para hacer balsas. Pero ellos continúan derribando abedules, proyectando rojas chispas a cada golpe de hacha.

La espuma del río rojo, como dientes ensangrentados, roe las márgenes de ladrillo. Las balsas de troncos blancos se deslizan. Cada una está hecha de cinco troncos y cada una lleva a cinco chekistas. En cuanto a Srubov, salta de balsa en balsa, dirige, ordena.

Y después, cuando la noche, agotada por un insomnio en rojo, con sus ojos rojos, encendidos, es presa de los temblores del alba, las olas rojas del río se iluminan con una luz cegadora. La roja sangre se enciende, como una lava de relumbrante fuego.

No es únicamente el suelo lo que es sacudido por la fiebre: toda la tierra se tambalea, un volcán retumba, explota.

Trr-ak-rrr-uh-rrr.

Desmoronados, demolidos los muros del sótano. Inundados el patio, las calles, la ciudad. La lava de fuego continúa derramándose. Srubov, sobre la cresta de las ardientes olas, es proyectado a una altura inaccesible. Ahora mismo está cegado por la claridad, el fulgor del espacio que se abre en torno a él. Pero su corazón no siente ningún temor, ninguna duda. Sigue firme, con la cabeza alta en medio del seísmo, escrutando ávidamente la lejanía, con un solo pensamiento en su mente: Ella.



Vladimir ZAZUBRIN (1895–1937). Escritor y periodista ruso. De su obra de ficción cabe destacar *El Chekista* –un relato excepcional escrito en 1923–, de estilo denso y una violencia inaudita.

"Un libro terrible, un libro necesario", dijo Vladimir Lénin tras haber leído la novela *Los dos mundos* de Valdimir Zazubrin. *El Chekista* es una obra no menos terrible de este joven escritor, y, fácilmente, imaginamos las palabras que podrá suscitar por parte de los filisteos de turno.

Pero qué importan los filisteos. "¿Qué le importa a Hécuba?" ¿Que importa la revolución a sus ojos? La cuestión es saber si este libro puede serle útil a un revolucionario en busca de un mundo nuevo.

Hasta ahora, la revolución, el terror, la Cheka inspiró o bien a representantes –en fuga al extranjero–, de generaciones en vías de extinción que sólo saben lloriquear, o bien a literatos solitarios, individualistas que, en la mayoría de los casos, hablan de la revolución como si hablaran de su abuela zurciendo unos calcetines.

Si hacemos abstracción del relato *El Chocolate* de Rodionov Tarasov, en el que la problemática es totalmente falsa, es casi la primera vez que un escritor comunista aborda este candente tema. Y lo hace con una originalidad, un coraje y una rudeza excepcionales.

Muchos aspectos del arte de Zazubrin todavía son inmaduros, muchos pasajes de su obra son contestables desde el punto de vista literario y sobre todo fáctico: ese croquis concentrado acumula una cantidad de horrores inconcebibles en una forma literaria tan limitada y en una secuencia temporal tan breve.

No obstante, se trata ahí de un procedimiento totalmente legítimo tanto en literatura como en arte: pensemos en las grandes "caricaturas" de Goya o de nuestro satírico Gógol. La cuestión es saber si Zazubrin consiguió dar una forma artística a ese terrible material, insuflarle una idea viva, orgánica, y logró el objetivo que se había fijado.

MALDOROR ediciones le acerca ahora a los lectores *El Chekista* – título y autor que por vez primera se publican en español– de Vladimir Zazubrin.